

Jordi CATALAN, *La economía española y la segunda guerra mundial*, Ariel Historia, Barcelona, 1995, 283 pp.

Durante años la denominada autarquía (1939-1959) ha ejercido un efecto paralizante sobre los investigadores de la economía española. El atractivo de una época a la que se atribuyen magros resultados económicos, dominada -se decía- por una política arbitraria y arbitrista y marcada, en suma, por el franquismo en estado puro, parece haber sido escaso, a juzgar por el reducido número de los que se han acercado a ella. Los tópicos arraigados acostumbran a desanimar, porque crean la ilusión de que sobre algo está todo dicho, pero esto casi nunca es cierto, como demuestran los sucesivos trabajos que en años recientes tratan de abrir la «caja negra» de la autarquía.

Entre ellos ocupa un lugar relevante el libro de Jordi Catalan sobre la economía española y la segunda guerra mundial. La tesis defendida en el libro es que la oportunidad histórica de la guerra exterior no fue aprovechada satisfactoriamente por la economía española, a causa de la equivocada política económica de los primeros años del franquismo. Como contrapunto se examina la trayectoria de los países europeos neutrales (Portugal, Suecia, Suiza y Turquía), cuyos resultados fueron mejores en términos generales. El planteamiento tiene dos virtudes que conviene resaltar, antes de adentrarnos en la tesis referida y su argumentación: la precisión cronológica y el recurso a las comparaciones internacionales.

Uno de los problemas con los que tropiezan muchos estudios del período 1939-1959 es el intento de dar homogeneidad a esos veinte años. Ciertamente que la brillante operación del Plan de 1959 invita a partir en dos las aguas de la economía en los tiempos de Franco, pero la orilla primera contiene elementos muy diversos y es difícil tratarla como un todo en el actual estado de nuestros conocimientos. De manera que acotar el período en los años de la guerra mundial permite contar con un conjunto homogéneo de datos externos, que configura un marco claramente diferenciado del resto y facilita el análisis español por contraste. La situación de guerra exterior, con sus alternativas, dominaba como horizonte, y poca relación tuvo con los años inmediatos tras 1945, marcados por la reconstrucción, las reglas de juego de los vencedores, su pronta división y los resquicios para integrarse en uno de los bandos. La redefinición del marco exterior fue continua entre 1945 y 1959 y compone un escenario nuevo, tanto para la economía como para la política económica españolas. De ahí que circunscribir el trabajo en los años de la guerra dé una gran consistencia a los planteamientos, porque los problemas, los condicionantes y las políticas posteriores no se pueden leer en la misma clave.

La consideración de que las elecciones de la política española han sido exclusivas, sólo puede obedecer a dos ideas extremas: o los problemas eran diferentes o los gobernantes han resultado particularmente imaginativos; sin embargo, subyace en multitud de trabajos de historia económica, y si bien la tendencia contraria parece imponerse poco a

poco, queda aún al margen el rocoso territorio de los tópicos. Una mirada al exterior ayuda a relativizar tal percepción, por cuanto muchos problemas acostumbran a presentarse en parecidos términos para conjuntos de países vecinos en cada momento del tiempo y las soluciones adoptadas pueden tener diferencias de grado o mezclar ingredientes en proporciones distintas, pero rara vez son radicalmente originales. En dicha línea, Jordi Catalan hace algo más que mirar al exterior para enjuiciar la situación española: analiza otras realidades y compara sus resultados. Esta segunda novedad rinde también buenos frutos porque permite un contraste continuado y además merece ser destacada por infrecuente, en el tratamiento de aquellos años.

El núcleo del libro está constituido por el análisis de la economía española en la primera mitad de los cuarenta, con particular énfasis en la industria y el sector exterior, en su comportamineto, la política económica que les afecta y la comparación de estos elementos con los correspondientes a los países neutrales antes mencionados. El lento crecimiento de la economía española, de acuerdo con Catalan, habría sido debido en primer término, a los estrangulamientos provocados en el sistema productivo por una política, no sólo intervencionista en exceso, sino estratégicamente equivocada en algunas decisiones claves. El intervencionismo extremo, al trastocar el sistema de precios, privó a los agentes económicos de información, y en ocasiones de estímulo, para tomar decisiones racionales en el contexto de escaseces relativas de los distintos mercados de productos y factores. Un ejemplo relevante, y además brillantemente argumentado, es el sector de la energía eléctrica, donde la contraposición entre tarifas fijas y contexto inflacionista deterioró el resultado de las compañías y desanimó la inversión: los resultados se vieron en unos pocos años, cuando comenzaron las restricciones a partir del 44-45. Lo que podía parecer a primera vista una decisión estimulante de la actividad productiva, el abaratamiento de costes por la congelación de tarifas eléctricas, acabó por convertirse en un problema de suministro, derivado de la anulación del sistema de precios.

En ocasiones como la descrita, los errores se transmitieron al conjunto de la economía indirectamente, a través de la manipulación de los precios, pero en otras fueron importantes las decisiones directas de política industrial, como la autorización de inversiones, concesión de divisas o declaraciones de interés preferente -con sesgos sectoriales marcados-, y más abiertamente la política de empresa pública, puesta en acción a través del Instituto Nacional de Industria. La predilección por sectores básicos, por aquéllos que reforzaban la autosuficiencia y por los que tenían conexiones con lo militar, fue una constante en tales elecciones, y esto determinó una asignación de recursos menos apta para el crecimiento. Las dificultades de un desarrollo intervenido administrativamente y apoyado en esos sectores, aun se vieron agravadas por la elección de empresas alemanas, italianas y japonesas como suministradoras de tecnología y equipos, pues muchas instalaciones se encontraban en pleno proceso de puesta en funcionamiento cuando se produjo el hundimiento del Eje. El sueño de la autosuficiencia -representado como un paradigma por la Empresa Nacional Clavo Sotelo, que consumió un tercio del capital desembolsado por el INI hasta finales de 1945-, fue doblemente costoso en esos años, aunque sin duda la noción de coste de oportunidad era desconocida o relegada por los decisores de la época en el terreno de la industria. Estábamos en el apogeo de lo que expresivamente se ha denominado «el ingenierismo», como directriz de la política económica.

Todo lo anterior se halla sólidamente argumentado, porque Catalan penetra en los entresijos sectoriales de muchas industrias y no se conforma con un estudio de las políticas o las cifras agregadas. En un sistema tan intervencionista como el de los años cuarenta, cuando las distorsiones asignativas sólo se pueden comprender descendiendo a la realidad de las empresas, la perspectiva microeconómica resulta esencial. De ahí la oportunidad del detallado estudio de las industrias de construcciones mecánicas, del acero, textiles y otras, que requiere un uso detenido de fuentes dispersas y es sin duda laborioso, pero resulta extraordinariamente ilustrativo. Un método de trabajo indicativo de la procedencia del autor del libro, formado en la escuela del profesor Nadal.

Si el examen de la industria es el primero de los ejes por los que discurre la tesis central, el sector exterior es el segundo. La escasez de divisas era una característica esencial de aquellos años y fuente de estrangulamientos para el aparato productivo, por las dificultades de importación de materias primas que determinó, agravadas por la prioridad otorgada a las compras militares y de alimentos. En este caso los problemas tienen un elevado componente objetivo, dada la caída de las exportaciones tradicionales, el hundimiento de mercados históricos como Francia y las dificultades de vender en un contexto bélico. Sin embargo, a juicio de Catalan, la política económica también adoptó decisiones equivocadas, como la amortización anticipada de la deuda con Alemania, la negativa a tomar préstamos o el intervencionismo en el mercado del wolframio, que redujeron adicionalmente las disponibilidades de divisas.

El planteamiento es muy ponderado, aunque a lo largo del libro se desliza en ocasiones la impresión para el lector -por ejemplo cuando se alude a las escasas importaciones de chatarra, o las dificultades de abastecimiento de combustibles, situaciones agobiantes y gravosas para la economía-, que el margen de maniobra en el caso del sector exterior era más elevado. Quizás convendría matizar las tres alternativas que el autor considera hubiesen podido aliviar la penuria de divisas. En primer lugar, tal vez hubiera de descartarse la primera; seguramente el gobierno de Franco no estaba en condiciones de negar los pagos a Alemania. En cuanto a la segunda, los créditos o inversiones difícilmente podían provenir del bando democrático, dados los orígenes del régimen y la condición no neutral de la financiación en tiempos de guerra, que hubiese comportado presiones y obligaciones, que derivaban en riesgos por ambas partes para el muy cauto General. La «guerra económica» de que hablan autores como Milward, era una realidad, probablemente minimizada en las fuentes americanas del momento que utiliza el autor. Quedan por explorar las posibilidades del wolframio, cuyo comercio clandestino privó a España, debido al control de precios entre 1940 y 1942, de unas divisas que Catalan estima en la impresionante cifra de 600 millones de dólares (cuando la importación total promedio no alcanzaba los 200 millones). En cualquier caso, la restricción de divisas era una realidad con un componente ajeno a la política económica considerable. Este es, tal vez, el punto en el cual resulta menos realista la comparación de la economía española con la de los países neutrales: el gobierno español de la época tenía verdaderamente un reducido margen de maniobra, que acaso explique mucho de los peores resultados. No debe olvidarse que durante más de la mitad de la guerra ni siquiera fue neutral, sino «no beligerante». Otra cosa es lo que hubiera podido hacer un gobierno sin las hipotecas de la guerra civil y de las alianzas allí contraídas. Pero esto más que un contrafactual es una desgraciada imposibilidad histórica, percepción que sin embargo en nada obsta a cargar en el debe de la guerra los problemas de la reconstrucción.

De otra parte, los factores objetivos en la explicación de la escasez de divisas, probablemente ayuden a responder a la vieja pregunta sobre el carácter voluntario o forzado de la autarquía, en mayor medida que las indagaciones sobre las ideas económicas de Franco. Tales ideas resultaban seguramente secundarias en su sistema de valores, dominado más bien por el deseo de permanecer en el poder, mediante la mezcla de autoritarismo y cierta cohesión social en los grupos y clases que apoyaban al régimen, acrecentada la última, sin duda, con los éxitos económicos. Por eso estuvo más dispuesto a rectificar la política económica, que la política en sentido estricto. En la etapa de la segunda guerra mundial la preferencia por la autosuficiencia parece clara, si bien no conviene tener una visión esencialista de la misma en un régimen que, a los tres años de finalizar aquella contienda solicitaba con naturalidad su inclusión en el Plan Marshall, con lo que ello significaba en términos de liberalización económica. Cuestiones todas interesantes sobre las que «La economía española y la segunda guerra mundial» nos obliga a reflexionar.

Un libro importante, en suma, que ayuda a comprender mejor las razones de aquella «noche de la industrialización española» de que hablaba Carreras refiriéndose a los cuarenta. Porque el carácter, las decisiones y los compromisos de los vencedores en la guerra civil no sólo llevaron a perder, desde el punto de vista del crecimiento económico, los años aquí considerados. La sombra se extendió a los inmediatos, por la imposibilidad política para conseguir que España se sumara a la reconstrucción europea, y las consecuencias de algunas decisiones económicas claves que se revelaron con el tiempo errores estratégicos: el intervencionismo extremo y ciertas apuestas sectoriales, magníficamente documentadas en este libro. Todo ello estaba muy lejos de ser, en el caso de la política económica, la culminación de tendencias económicas anteriores a la guerra civil, contra lo que a veces se ha sostenido y acertadamente rebate Catalan. Fue otro fruto perverso, uno más, del enfrentamiento de los años treinta.

JOSÉ M^o SERRANO SANZ